

BONIFACIO y BENITO

Un día cualquiera, al abrir mi página en FACEBOOK, me conseguí una foto de alguien muy querido, que hace tiempo no está con nosotros, y me atreví a escribir la siguiente nota: "Para nosotros, los Sánchez-Bonilla, tío Bacho fue un segundo padre. Dios lo tenga en la gloria". Después de hacerlo me dio algo de nostalgia, y me puse a pensar mucho en eso y concluí conque tenía que escribirlo para que las nuevas generaciones tengan una idea mas clara de lo que ha sido nuestra familia y de lo que han significado en esto dos personas hoy desaparecidas; BENITO SÁNCHEZ, mi padre, y BONIFACIO BONILLA, mi tío Bacho.

Venimos de dos familias muy diferentes, donde quizás la única característica común fue que eran familias campesinas, levantadas en lo que fueron los Distritos Torres (los SANCHEZ) y Jiménez (los BONILLA), del estado Lara (Venezuela), con profundas raíces en esos distritos (hoy Municipios), pero que de una forma u otra, el mundo del comercio unió muy estrechamente, precisamente por vía de estas dos personas.

Los SANCHEZ tenemos nuestra raíz en El Cucharal, caserío cercano a pueblo de Atarigua, en el antiguo Distrito Torres del estado Lara. Allí nació BENITO ANTONIO SANCHEZ-RODRÍGUEZ, hijo de Valentín Sánchez y Justina Rodríguez de Sanchez. Para mi abuelo Valentín, este era su segundo matrimonio, ya que era viudo de otra persona, cuyo nombre no tengo, pero que se apellidaba Chirinos, y por esa razón conocí varias tías y un tío de apellido SANCHEZ-CHIRINOS; de los SANCHEZ-RODRIGUEZ solo fueron tres, siendo mi padre el único varón, una tía que no conocí y mi tía RAFAELA a quien si conocí. Mi padre nació el once de marzo de 1911 ó 1913 (él decía y así sacábamos la cuenta de su edad que era 1913, pero los documentos que he localizado le asignan dos años más). Desde muy joven, mi padre asumió el liderazgo de la familia y tenía conocimiento de donde estaba y que estaba haciendo cada miembro de esa familia y, si era necesario algún apoyo o ayuda, allí estaba BENITO para dar el debido soporte.

Los BONILLA venimos de La Nigüita, caserío cercano al pueblo de Guadalupe, en el antiguo Distrito Jiménez del Estado Lara. Allí nació mi madre, MARÍA ANTONIA BONILLA ACURERO, hija de Manuel Bonilla y de María de la Cruz Acurero de Bonilla. Mi madre era la menor de una camada de siete, cinco varones y dos hembras, compuesta por Manuel, Eugenio, Joaquín, Román, Bonifacio, Waldina y Antonia. No conocí a los dos primeros, porque fallecieron antes de que tuviera uso de razón, pero los restantes, de una forma u otra, fueron apoyados por mi padre para que se establecieran cerca de nosotros. Mi tío Joaquín y su esposa Ana, cuando abandonaron el campo, vivieron con nosotros hasta que pudieron construir su propia casa y se mudaron; Román y su compañera Juanita, después de regresar enfermos del llano, prácticamente vivieron siempre con nosotros, a pesar de que tenían su propia casa. Solo cuando de hicieron viejitos, decidieron mudarse a su casa para vivir sus últimos años. Mi tía Waldina (Ubalдина) siempre vivió con nosotros, hasta que su hijo Raúl, quien es como un hermano mayor para mí, le construyo su casa y se la llevó a vivir con él. Mi madre nació el diecisiete de enero de 1921.

Mi padre hizo muchas cosas en su vida, pero principalmente fue un comerciante que compraba y vendía cosas. Así conoció a mi madre, en las postrimerías de los años treinta del siglo pasado. Se casaron el veinticinco de marzo de 1942, después de que mi hermana mayor Reina y yo habíamos nacido, cosa que era muy común en esa época cuasi colonial venezolana. Por eso, el acta de matrimonio tiene un aparte que reza: "En este acto manifestaron los contrayentes que durante la unión concubiniaria en que han vivido, han tenido dos hijos de nombre Reina Violeta de cinco años e Inocencio Truadio de tres meses y que es su voluntad de legitimarlos conforme a la Ley." Por cierto que el día del matrimonio es cuestionable, porque mi papá siempre decía que el había nacido el 11 de marzo, se había casado el 21 de marzo y que seguramente se moriría el 31 de marzo, cosa que fatídicamente así ocurrió. Después de nosotros nacieron Marina Antonia, Elix Dolores y Cruz Mario.

Mencioné antes que "venimos de dos familias muy diferentes", y quizás la mas importante era la parte económica. Mi abuelo Valentín Sánchez tenía cierto poder económico, era dueño de muchas tierras y era, según pude saber, el gran empleador de por esos campos. Cultivaba la tierra y tenía algún ganado; sin embargo, también como era común en la época, tampoco documentó las tierras y a su muerte, todo se perdió. En cambio, por el lado de mi abuelo Manuel Bonilla, eran gente de muy pocos recursos, que vivían de labrar la tierra y criar chivos. Por eso, cuando los hijos se iban haciendo adultos se iban a trabajar en el llano (La Misión, Turén y otros lugares del estado Portuguesa). Allí, mis tíos Manuel y Eugenio contrajeron enfermedades como el paludismo, que los llevaron a la muerte. Mis tíos Joaquín y Román tuvieron mejor suerte y sobrevivieron a las enfermedades y venían de vez en cuando a vernos en Barquisimeto, hasta que se convencieron que debían dejar esos inhóspitos lugares y radicarse en nuestra ciudad. No hay duda en que mi padre jugó un papel importante en esta decisión. Mi tío Bonifacio (tío Bacho, en lo sucesivo) no fue a trabajar al llano, porque mi padre lo convenció en hacerse comerciante; lo enseñó a manejar y lo ayudó a que comprara su primer camión.

No se en qué fecha mi padre convenció mi madre de irse del campo a vivir en Barquisimeto, pero lo cierto es que

mi hermana Reina nació en el campo, pero yo nací en esa ciudad, el 28 de diciembre de 1941. Me comentaban que vivíamos en la antigua Calle El Carmen, hoy Carrera 23, muy cerca de donde funcionó muchos años el diario El Impulso. De allí nos fuimos a vivir en la Calle Bruzual, hoy Carrera 22; sin embargo, desde época en que yo tengo memoria (años 1947-1948), vivíamos en la Avenida El Stadium, hoy Calle 37, entre las Carreras 22 y 23, en una casa que tenía una gran mapora en el jardín. De tiempos anteriores a ese, no tengo memoria, y lo poco que se, fue porque me lo contaron.

En esa casa vivíamos dos familias, nosotros y una familia de apellido Torres. Nosotros éramos, además de papá y mamá, Marina, Elix y yo. Reina no vivía con nosotros porque, según nos contaban, vivía con una madrina, que era como su "tutora", en la escuela donde mi hermana estudiaba. La familia Torres estaba integrada por tres mujeres: la madre, de nombre Josefa y dos hijas; Carmen, la mayor, y Rosa, la menor. Eran muy bellas personas y nos querían como si fuésemos sus familiares. Recuerdo que Carmen trabajaba en la Galletera El Ávila y si la mente no me falla, era algo así como la asistente a Cruz María Duque quien, además de ser uno de los altos ejecutivos de esa empresa, era uno de los dueños. Por supuesto que, trabajando en la galletera, siempre teníamos galletas. Vendían unas bolsas de galletas partidas, que no eran aptas para empacarlas al público, pero eran iguales a las originales y ella siempre traía una bolsa. En esa etapa, nació mi hermano menor, Cruz Mario, a quien mi mamá parió en la maternidad Luisa Cáceres de Arismendi, el 3 de mayo de 1948. Recuerdo que cuando desperté en la mañana, ni mi papá ni mi mamá estaban allí lo cual me preocupó mucho. Sin embargo, después la señora Josefa me dijo que a mi mamá se la habían llevado en la madrugada a parir, porque le habían dado los dolores de parto. Ese mismo día, mi papá nos llevó a verla a la maternidad y "conocimos" a Cruz Mario.

Cuando vivíamos allí, yo empecé a estudiar primer grado en una escuelita que quedaba bastante cerca de casa, en la Carrera 23, esquina de la Calle 38. Pero como era tan flaco, tan flaco; enseguida me enrolaron para enviarme a las Colonias de Catia La Mar. Quizás en esta época nadie sepa de eso, pero en aquellos tiempos, el gobierno tenía un programa especial para los niños que ellos consideraban que estaban desnutridos; los seleccionaban y los enviaban "a temperar", por tres meses, a la Colonia de Los Teques o a la de Catia La Mar. Mis tres meses se cumplieron en octubre de 1948, pero por la situación política que vivía el país, que concluyó con el golpe de estado del 24 de noviembre de 1948, cuando los militares depusieron al presidente Rómulo Gallegos, para instalar una dictadura militar, mi estadía se prolongó hasta enero de 1949.

Cuando yo regreso, me consigo conque ya todas las cosas habían cambiado. Mi papá había comprado la casa donde hicimos prácticamente el resto de nuestras vidas. Nuestra casa era la última casa de Barquisimeto, y estaba situada en la Carrera 21, después de la Calle 52 y tenía el número 494. Años después, la oficina de planificación municipal, replanteó el urbanismo, abrieron calle 53 y 54, que antes no existían, y nuestra casa quedó entre esas dos calles y nuestro número cambió a 53-78, lo cual quería decir que estamos a 78 metros de la calle 53. Ya la familia estaba unida, y el último en incorporarse era yo. Ya éramos, además de nuestros padres, Reina, Inocencio, Marina, Elix y Cruz Mario. Pero había adicionalmente dos personas: Raúl, a quien nombre antes, y Elvira, una hija de mi papá en una anterior relación. En esa relación, con una señora de nombre Juana Acurero, habían nacido Elvira, Elia y José Benito. Cuando la señora Juana falleció, los niños fueron distribuidos entre algunos familiares. Elvira y Elia vivían con mi tía María de los Santos, hermana de mi papá, y José Benito vivía en el llano, con un señor de apellido Acurero, que no estoy seguro, pero creo que era hermano de Juana. Mi mamá siempre había insistido en ellos debían vivir con nosotros, y el camino lo empezó a allanar Elvira. Años mas tarde, José Benito se enfermó gravemente, creo que tenía paludismo o algo por el estilo, y mi madre se empeño en irlo a buscar al llano y traerlo a nuestra casa para ella atenderlo personalmente. Efectivamente, así se hizo, y Chebenito, como le decían a mi hermano, sanó después de un tratamiento con remedios caseros muy amargos, y se quedó a vivir con nosotros.

Yo empecé a estudiar nuevamente primer grado en una escuelita que estaba en la Carrera 18 esquina de la Calle 49. Normalmente, Elvira, como hermana mayor me llevaba a la escuela y me iba a recoger. Solo tenía clases en un turno. Terminado ese primer grado, a partir del segundo fui a la Escuela Estadal Graduada "Pablo Manzano Veloz", de grata recordación, donde terminamos estudiando todos nosotros, o casi todos, porque Reina terminó en la José Gil Fortoul, incluyendo a Raúl y a Elvira. Por cierto que Elvira, en su calidad de hermana mayor, era una especie de protectora de todos nosotros. Nos apoyaba y nos defendía contra cualquiera que se metiera con nosotros. No recuerdo el nombre de mi maestra de primer grado, pero en segundo tuve a Teresa de Sira, en tercero a Panchita de Nieto, en cuarto a Rosa Delgado, en quinto a Carlos Bustillos, y en sexto a Leocricia de Barradas. De cada uno de ellos guardo muy bellos recuerdos, pero fueron los dos últimos, los que marcaron mi manera de ser. El maestro Bustillos era "lo máximo" y los buenos estudiantes queríamos ser como él. No había cosa que él no supiera y tenía una modestia impresionante, al punto de que iba a la escuela en bicicleta, lo cual llamaba mucho la atención. La maestra Barradas, era una especie de "profeta". A todos nos auguraba lo que podíamos ser de acuerdo al rendimiento de cada uno. Según decían todos y mi mamá lo confirmaba, yo era su favorito. El director de la escuela era el profesor Elio Mendoza. Era un hombre impresionante por su desprendimiento. El vivía o al menos,

pasaba la mayor parte del tiempo en la escuela. Tenía una biblioteca, que funcionaba en la terraza de la escuela, donde todos podíamos ir a estudiar, especialmente los de quinto y sexto grado. Si queríamos consultar un libro que no estaba allí, al día siguiente él lo compraba y nos lo facilitaba. Además de eso, hacía sesiones de discusión de diversos tópicos, donde la participación era voluntaria, pero todos queríamos estar allí. Un poco lo que yo hago con los estudiantes que tengo en mis cursos, está inspirado en el profesor Mendoza. Por supuesto que su actitud era cuestionada por muchos, porque sospechaban que esas reuniones eran con fines inconfesables; sin embargo, yo nunca recuerdo haber visto nada anormal.

Después de salir de primaria, y mucho por razones meramente económicas, me inscribí en el Instituto de Comercio "Elodoro Pineda" (ICEP), donde se podían sacar carreras cortas; en dos años era Secretario Comercial, en tres años Auxiliar Contable, en cuatro, Perito Mercantil y en cinco Técnico Mercantil. No se otorgaba el título de Bachiller Mercantil, cuestión que fue resuelta años más tarde. Por esa razón, los egresados del ICEP no tenían acceso a ninguna universidad, a excepción de la Universidad de Carabobo (UC), que los admitía en la Escuela de Contaduría Pública y Administración Comercial, pero no otorgaba el título de Licenciado. Cuando unificó la educación secundaria, creando el ciclo básico y ciclo diversificado, los Técnicos Mercantiles tuvieron la oportunidad de obtener su título de bachiller mercantil y los que se habían graduado o estaban por graduarse en la UC lograron su título profesional. Yo por supuesto, me fui por la carrera de tres años, aunque terminé estudiando cuatro, en razón de que quería lograr un poco más de experticia en Contabilidad y el profesor Isaac Ramos Octavio, quien era el director del ICEP para esa época, me brindó algunas ayudas para que pudiera hacerlo. También el alargamiento a cuatro años se debió que tuve dificultades con el curso de Taquigrafía, el cual, a pesar de los esfuerzos que hice, me costaba mucho aprobarlo. Me gradué allí en 1958, por lo que viví todos los corricorri de las huelgas estudiantiles y la caída del dictador Marcos Pérez Jiménez. Pero antes de que esto ocurriera pasó algo muy malo en mi vida y que la cambió para siempre, y a lo cual me refiero más adelante.

Bonifacio (tío Bacho) había hecho su vida con su camión; compraba cosas de madera (leña o estantillos) en el campo, o maíz en el llano y los traía a Barquisimeto, donde los vendía. El terreno donde estaba ubicada nuestra casa era muy grande, y cuando se trató de arreglar la documentación, mi papá se enteró que casi la mitad de terreno no nos pertenecía, pero que habíamos venido usando siempre para sembrar hortalizas o granos, que nos ayudaban en la subsistencia. Por ejemplo, muchos de mis estudios y gastos personales fueron costeados parcialmente con hortalizas que yo sembraba allí (lechuga, zanahoria, remolacha, rábano, etc.), los cultivaba y luego los vendía en un restaurant, que quedaba un poco más de un kilómetro de mi casa; exactamente en la Calle 41 entre Carreras 19 y 20. Prácticamente, yo iba casi todos los días, en bicicleta, a entregar las hortalizas frescas al restaurant y regresaba con el dinero, que compartía con mi mamá. Bueno, en vista de que tío Bacho no tenía casa, mi papá convino con él en que construyera allí una pequeña casa, para luego hacer todos los trámites y le asignaran el terreno en enfiteusis (ejido municipal) y así se hizo. La pequeña casa era utilizada por mi tío como una especie de depósito de las cosas que compraba, y que luego negociaba y vendía. Originalmente, ese terreno no tenía entrada desde la calle, y tenía que hacerse a través de nuestro terrero; sin embargo, después de que mi tío obtuvo la documentación, el Concejo Municipal, que así se llamaban lo que son hoy las Alcaldías, le abrió una vía de acceso por lo que hoy es la Calle 53 del plano de Barquisimeto. Años más tarde, después de que nosotros salimos de Barquisimeto y nos vinimos a Valencia, mi tío vendió esa propiedad, y yo le perdí la pista.

Alrededor del año 1949 o 1950, tío Bacho se casó con Meralda Soteranis, hija de Don Elías Soteranis y Doña María Soteranis. No se mucho la historia de los Soteranis, pero lo cierto es que en la Carrera 20 (en lo que hoy es la Avenida Pedro León Torres) entre Calles 50 y 51 vivía Fausta Soteranis quien estaba casada con Don Raimundo Guerrero Moros, quien era de una familia muy conocida en esa zona, por estar emparentado con Don Segismundo Castro Moros, quien era una especie de líder o más bien tutor de esa familia. Eran varios hermanos, uno era Víctor Guerrero Moros, quien fue mi padrino de confirmación; María Guerrero Moros, quien era la dueña de la bodega más grande de la zona; Formosina Guerrero Moros, quien si mal no recuerdo era enfermera. Había otras personas en esta familia, pero no las recuerdo. Meralda vivía en la casa de Fausta y creo que allí la conoció mi tío. Recuerdo haber conocido los viejos (padres) de los nombrados, pero no los recuerdo.

Una vez casados, tío Bacho y Meralda alquilaron una casa en la Carrera 16 entre 51 y 52. Por cierto que esa casa era de Román Bonilla, homónimo del hermano de mi mamá, y todos le decían el "primo Román", pero nunca supe si en realidad era familia nuestra. Yo iba todos los días a esa casa, y le hacía los "mandados" a Meralda, porque mi tío siempre me daba "una locha" o "medio" por eso. Recuerdo que el cuatro de agosto de 1950, creo que era lunes, al final de la mañana, yo iba de la casa de tío Bacho a mi casa, y empezó a llover fuertemente, y tuve que guarecerme en una pared del Correccional de Menores, que quedaba casi al lado de la escuela donde yo estudiaba. De repente vi que la pared se empezaba a mover como una hoja de papel, por lo cual me retiré y me fui al centro de la calle, instinto de conservación que me salvó la vida, porque la pared se empezó a caer y seguramente me hubiese aplastado si no me hubiese movido. Ese día fue el terremoto de El Tocuyo, que destruyó totalmente esa histórica ciudad venezolana, y es el primer movimiento sísmico del cual tengo memoria. Al tiempo,

tío Bacho y Meralda se fueron a vivir a La Guama, que eran unas tierras donde vivían Don Elías Soteranis y Doña María Soteranis. Allí mi tío se dedicó más a la actividad agropecuaria (siembra de tomates y cría de ovejos y cochinos), aunque no dejó de seguir ejerciendo su actividad de comerciante con su camión.

No lo mencioné antes, pero los "años" en la educación venezolana, al menos en primaria y secundaria, en esa época, empezaban el quince de septiembre y terminaban en la última semana de julio del año siguiente. En 1956, yo estaba en segundo año. La última semana de marzo de ese año coincidía con la Semana Santa. Mis vacaciones de semana santa, siempre eran en un campo. O me iba a La Nigüita, donde estaba viviendo Tío Joaquín con su mujer Ana, cuidando los pocos chivos que habían quedado, y sembrando algunas cosas en "un conuco" que tenían a la orilla de una quebrada (La Quebrada del Reventón o Quebrada del Totumo); o me iba a la Guama, a estar con tío Bacho y Meralda, o me iba a Agua Salada, a pasarla con los Cordero, que era una familia amiga de mi papá, pero que nosotros considerábamos como parte de nuestra familia. La matrona de los Cordero era Doña Francisca o Chica, como la conocían todos, quien tenía cinco hijos. El mayor era Ezequiel, con quien tuvimos muy poco contacto, porque no vivía con ella; le seguía Francisco, quien trabajaba el restaurant "El Néctar" en Carora, seguía Pastor, quien había vivido mucho tiempo con nosotros porque era ahijado de mi papá, hasta que se fue a prestar el Servicio Militar Obligatorio y luego se hizo Guardia Nacional. Los dos menores eran María y José Agustín, a quien llamábamos El Negro por cariño. Con el tiempo, por razón de que la ampliación de la carretera Panamericana les quitó parte de las tierras, ellos se mudaron a Carora, donde construyeron una casa. De esa familia hoy día solo queda vivo Pastor y la casa que construyeron es hoy día de mi propiedad, porque así lo quiso él. Yo pagué los impuestos municipales atrasados, eliminé la enfiteusis sobre el terreno y lo hice propio.

Volviendo a mis vacaciones de Semana Santa de 1956, yo decidí irme a La Guama, a casa de Tío Bacho y Meralda. El sábado santo 31/03/1956 en la mañana, mi tío me pregunta que si quiero ir con él, en su camión, al Hispopal, un caserío que quedaba un poco distante de la Guama y más cerca de donde estaba Tío Joaquín (La Nigüita), a recoger unos estantillos que había comprado y, en efecto, nos fuimos. Visitamos a Tío Joaquín, recogimos los estantillos e íbamos de regreso a la Carretera, para luego seguir vía a la Guama. En el camino nos conseguimos al señor que repartía los telegramas en esa zona; creo que se llamaba Dionicio y le decían Nicho, y nos hizo señas para que nos detuviéramos. Se acercó a nosotros y le dijo que llevaba unos telegramas para algunas personas que decían que Benito Sánchez se había muerto. El sabía a mi mamá la hermana de tío Bacho, pero me imagino que no sabía que yo era hijo de Benito, o no se dio cuenta de que yo estaba en la cabina del camión. De inmediato mi tío le dijo que él no sabía nada al respecto. Por supuesto que para mí fue un golpe de dimensiones incalculables, al punto de que quedé mudo; no sabía si gritar o llorar, pero sabía que había perdido parte de mi vida. Efectivamente, mi padre había fallecido en el Hospital Central de Barquisimeto, a las doce y cuarenticinco minutos de la tarde, víctima de "aneurismas múltiples cerebrales".

Seguimos nuestro camino y en la primera casa que conseguimos, mi tío pidió permiso para descargar el lote de estantillos que llevábamos en el camión y, después de hacerlo, tal y como andábamos, seguimos vía a Barquisimeto. Allí nos conseguimos el cuadro dramático de toda una familia alrededor del quien había sido, de una forma u otra, el patriarca; el líder, que había ayudado a tantos y que desaparecía cuando tenía mucha vida por delante, porque solo contaba con cuarentitres años. Mi mamá, entre llanto, contó que había amanecido con un pequeño dolor de cabeza, pero así se había ido a trabajar en su autobús. Cerca del medio día, al ver que el dolor persistía, se había detenido en el Seguro Social a hacerse ver por un médico, y de allí lo mandaron en una ambulancia al Hospital Central. Alguien le avisó a mi mamá y ella se fue al hospital y mi papá murió en sus brazos. Yo seguía en shock, sin llorar, sin hablar. Recuerdo que pasé la noche en la pequeña casa de tío Bacho, recostado en unos sacos de maíz que el tenía almacenados allí. Por supuesto que, al día siguiente, cuando le dimos cristiana sepultura en el Cementerio viejo de Barquisimeto, yo exploté a llorar y no había forma de parar. Sabía que a partir de ahora, mi vida sería diferente porque de una forma u otra, yo era el mayor de los varones y aunque apenas tenía catorce años cumplidos, yo pasaba a ser el jefe de la familia.

Afortunadamente, tío Bacho, no se si por agradecimiento a su compadre Benito, como él le decía, o por solidaridad con su comadre Toña, como el llamaba a mi mamá, también entendió que muerto Benito, él era la figura más representativa de la familia y por lo tanto heredaba el patriarcado. Eso por supuesto, me ayudó a mí muchísimo, porque tío Bacho se convirtió en mi segundo padre y el cariño que yo le tenía hasta ese momento, se multiplicó. El me guió y me aconsejó y puedo decir sin modestia, pero con mucho orgullo, que al final, él era quien me pedía consejos a mí, lo cual demostraba que él había hecho bien su función, y confiaba en su discípulo.

Fueron tiempos muy difíciles para nosotros. El único sustento que entraba a esa casa era por vía de mi papá y ya él no estaba. Reina, quien estudiaba para maestra normalista en la Normal "Miguel José Sanz" estaba en su último año y aun no estaba en capacidad de producir; yo estaba en la mitad de mis estudios y, aunque producía algo con mis hortalizas, eso era una gota de agua en el desierto. Tío Bacho nos podía ayudar un poco, pero no era mucho lo que podíamos pedir. Como algunas veces yo digo: desayunábamos porque mi mamá nos hacía arepas, pero

no sabíamos si habría algo para almorzar y menos para cenar. Fueron años de mucha "caraota con arroz", que era el plato de los pobres para esa época. Poco antes de la muerte de mi papá, Elvira se había casado con un maestro del Correccional de Menores, de apellido Barrios y José Benito se fue a vivir con mi tía María.

Nadie nos dio nada material, pero tuvimos el apoyo solidario de alguna gente. Tío Bacho fue invaluable, porque siempre había algo que nos traía que nos ayudaba. La señora María Guerrero Moros nos abrió una cuenta en su bodega para que pudiésemos cargar ciertas cosas urgentes que necesitaríamos, Abdel Karim Al Shaer, un árabe que vendía cosas por cuotas, nos fiaba la ropa, los vecinos de alguna forma también aportaban, pero eso no podía ser. Como mi mamá sabía coser y tenía una vieja maquina Singer, ella y yo decidimos que había que sacarle provecho a eso. Mi mamá era muy hábil con la maquina, porque había aprendido a coser sombreros de cogollo en el campo, lo cual era la cosa mas difícil de mundo en mi pobre saber. Así que con la ayuda de Abdel Karim Al Shaer hablamos con un paisano suyo que tenía un almacén grande donde vendía ropa al detal y al mayor. Hicimos un convenio donde él nos daría la tela, los hilos y los botones, y nosotros le entregaríamos camisas de diferentes tallas y él pagaría por eso. Así empezó nuestra vida de trabajo en equipo, que hoy es tan notable en las empresas modernas; pero que nosotros creamos sin ningún conocimiento. Compramos los "patrones" para cortar las telas, compramos un fabricante de ojales que se adaptaba a la vieja Singer de mi mamá, una tijera eléctrica y nos distribuimos el trabajo entre todos. Por ejemplo, yo recibía la tela en rollos, con los patrones la marcaba con unos marcadores de cera que usan los sastres, y los cortaba con la tijera eléctrica. Mi mamá cosía todas las piezas juntas, para formar la camisa. Raúl hacía los ojales, para lo cual ideamos una regleta que ya tenia las marcas y el lo que hacia era trasladar las marcas a la tela y meterla en la maquina y el ojal quedaba listo, solo para abrirlo con una hojilla. Después, Marina y Elix, pegaban los botones y finalmente mi mamá y yo hacíamos el control de calidad con la actividad de línea final. La que menos trabajaba en esta actividad era Reina, porque estaba terminando su carrera y tenía que hacer prácticas, y le quedaba poco tiempo. Cruz Mario era muy pequeño y solo le asignábamos tareas muy sencillas con el objeto de tenerlo entretenido y que no interfiriera con el trabajo de los demás. Eso fue nuestra salvación. Al principio nos costó mucho aprender y adaptarnos a los que el dueño del almacén quería, pero poco a poco fuimos logrando experticia. Después compramos otra máquina de coser y hasta nos dábamos el lujo de contratar algún personal, especialmente amigos de la cuadra que les llamaba la atención nuestra actividad. También mi mamá hacía hallacas o empanadas los fines de semana, las cuales salíamos a vender Raúl y yo, y no nos iba mal, porque la vieja tenía una sazón espectacular y quien compraba la primera vez, seguía comprando; así que esfuerzo era solo de ir a visitar a esos clientes y venderles. No se cuanto tiempo hicimos eso, pero en 1959, una vez que Reina ya estaba trabajando, ya yo me había graduado y hacia algunos trabajos de contabilidad por mi cuenta, y Raúl tenía un buen trabajo en una venta de matas, tipo lo que son hoy día los viveros, consideramos que ya era tiempo de parar eso, porque ya podíamos vivir con lo que producíamos. Fue bueno, fue bonito, pero demasiado agotador y demasiado dependiente de muchos factores incontrolables. Por supuesto que al principio mi madre no quería que lo dejáramos, pero si ya Reina estaba trabajando, si ya yo estaba trabajando; la disponibilidad de tiempo era muy poca y podíamos quedar mal.

Paralelamente a nuestra actividad de manufactura de camisas y venta de alimentos, alquilábamos parte de nuestra casa, que era bastante grande, y tuvimos muy buenos inquilinos. Teníamos la ventaja de tener un patio grande en el cual, además de la casa que mi papá había comprado, que era de bahareque, él construyó otra, parte de adobes, parte de bloque, que era nuestra vivienda principal y podíamos alquilar la casa vieja. Además nos permitía tener un estacionamiento muy grande. Así recuerdo a un señor Alfaro, que manejaba un camión del correo quien, además de pagarnos puntualmente el alquiler, nos regalaba revistas; de allí nació mi gusto por las Selecciones de Reader's Digest, que hasta colección de libros tengo. También tuvimos al señor Etanislao Dudamel, a quien le decían "Manolao", que a la larga resultó, según mi abuela, siendo primo nuestro, cosa que nunca pude entender, por qué los Dudamel son parientes nuestros, pero ahora con la presencia del joven director de orquesta Gustavo Dudamel, que es de la misma familia, los aceptamos de muy buen gusto. También tuvimos a una familia Duran, que eran padre e hija, y así por el estilo.

Mencioné antes que mi padre trabajó en muchas cosas; puedo mencionar algunas, pero creo que olvido otras. Primero que todo, fue comerciante, según oí muy próspero, que hasta un negocio tuvo, pero los malos tiempos le hicieron perder todo. También tuvo un expendio de licores. Trabajó en lo recuerdo él llamaba "la Renta de Licores". No se qué cosas hacía en eso, pero andaba en un carro del gobierno por todos los pueblos vecinos tratando de conseguir fábricas ilegales o clandestinas de licor; que llamaban "alambiques". En esta actividad, una vez se fue a vivir a Bejuma, en el estado Carabobo, pero nosotros permanecemos en Barquisimeto, donde él venía casi todos los fines de semana y algunas veces mi mamá iba a Bejuma. Estuvo entre los fundadores del partido Acción Democrática, lo cual hizo que la época del gobierno del General Marcos Pérez Jiménez, era continuamente "requerido" por la Seguridad Nacional, la policía política de régimen. También debido a esto, en mi casa se escondieron algunos líderes adecos, que estuvieron algún tiempo allí. Lejanamente recuerdo a un señor Anzola (a veces creo que era Eligio Anzola, pero no estoy seguro) y un médico de apellido Pérez, que creo que era Pérez Coronel, apellido que es muy común en Barquisimeto en el gremio médico, pero me imagino que ya esta persona

falleció hace mucho tiempo. Mi papá también fue policía, adscrito a la Policía del Estado Lara. Recuerdo incluso haberlo visto alguna vez de uniforme de policía, pero no he logrado ubicar fotos o información en este sentido. Trabajó con una constructora que hacía puentes, y él manejaba camiones y transportaba personal. Trabajó con camiones roleros; esos que transportan gigantes rolas de madera que van a los aserraderos. También tuvo un camión cisterna, en el cual transportaba agua desde el Río Turbio hacia el terreno de lo que hoy se llama Parque Zoológico y Botánico Bararida. La última actividad que recuerdo y que era la que tenía al momento de su fallecimiento, era chofer de un autobús de una línea que si mal no recuerdo se llamaba "13 de Septiembre", la cual tenía una ruta que iba desde la antigua Caja de Agua de Barquisimeto (Carrera 13 con calle 49) hasta Bararida. Paralelamente, como trabajaba un turno, una semana en la mañana y otra semana en la tarde, en su restante tiempo manejaba un Taxi, que estaba en la misma ruta. En esa actividad se alternaba con Etanislao "Manolao" Dudamel, a quien después fue nuestro inquilino en la vieja caja. De acuerdo con lo que mi papá decía, era copropietario de ambos vehículos (Autobús y Taxi), porque de lo que se obtenía en el día, una parte era para pagar el vehículo; sin embargo, a su muerte, a pesar de las gestiones que hizo mi mamá no hubo forma de demostrar que era así, y nada se pudo obtener. El autobús aparecía registrado a nombre de la línea mencionada y el taxi aparecía registrado a nombre de una señora que algunas veces nosotros habíamos visto.

Yo me terminé mis estudios en julio de 1958, pero por una cosa y otra, no me pude graduar hasta septiembre de 1958, y empecé a trabajar formalmente en General Electric de Venezuela, Sucursal Barquisimeto, en Noviembre de 1958. De esa fecha para acá han transcurrido cincuenta años, muchas cosas han pasado, pero de eso hablaremos después.

Inocencio Sánchez
23/12/2009